



LA SOMBRA DEL SANTO

Julián Alejandro Rosa

LA SOMBRA DEL SANTO



Primera edición: noviembre 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Julián Alejandro Rosa

ISBN: 979-13-87909-54-3
ISBN digital: 979-13-87909-55-0
Depósito legal: M-24517-2025

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A la memoria de los vencidos.

*El río de los vencidos está lleno de cadáveres flotando en la
corriente y baja teñido de sangre.
Los vencedores, para sobrevivir,
se ven obligados a beber de sus aguas.*

El río de los vencidos, JOSÉ A. ALONSO CABALLERO

Primer round

El campeón

—No te abras tanto cuando tirás la derecha. Así, ¿ves?

—Eso, que acompañen las piernas. Desarmalo Chango, ahí. Eso, que no arme, que no arme, jab, jab. Entrale a la guardia, campeón, así, así. Mové los pies, chango. Eso, así, Changuito, así.

El chango no era elegante, pero tenía algo. No solo una derecha que si te agarraba te sentaba, sino también buen manejo de la izquierda. Y si el Gringo le hacía entender, como tantas veces lo había hecho con otros púgiles, que lo importante en el deporte de los puños eran las piernas, lo iba a sacar bueno. La pelea sería en unos meses, el Gringo se tenía fe, había conseguido mayores hazañas que esta.

—No bajes los brazos, pibe, no los bajes, dale, dale. Uno, dos, tres, así.

Sus piernas eran cada día más ligeras, hasta el mismo Chango se daba cuenta del salto de calidad desde que empezó a trabajar con el Gringo. Era hombre de pocas palabras y eso al Chango le convenía, se perdía bastante rápido. Ahora, desde la primera fila lo venía a ver La Mary, no faltaba una tarde, mostrando sus enormes tetas y su maquillaje de noche a la hora del té. Cuando la vi llegar, supe que sería un problema.

—Movete, Chango, movete. Exigilo Mario, exigilo. Así, pibe, así.

Hacía años que no veía al Gringo. Al entrar, me saludó con un gesto con la cabeza y siguió con lo suyo. Las cosas no habían terminado de la mejor manera.

—Hola, Mary, ¿cómo estás?

—Hola, bebé, ¿cómo andás?

—No tan bien como vos, pero se hace lo que se puede —dijo y me reí.

—Estás radiante. ¿Rubia? Eso es nuevo, Negrita.

De cerca se le veían las raíces. No conocí a nadie del periódico que no se hubiera acostado con la Negrita.

—Al pibe le gustan rubias. Hay que cuidarlo al nene, hacerlo sentirse bien —dijo ella.

—Tratá de no sacarle piernas, que en unos meses pelea.

—Tranquilo, Julio. Sé cómo cuidar a mi hombre y él me sabe cuidar a mí. Ojo, no te acerques demasiado, que es celoso el pibe.

—¿Tenés, fuego, Negra? —le pregunté, saqué un cigarrillo y me lo puse en la boca, le di otro a ella—. No sé dónde dejé los fósforos —agregué, metiendo mis manos en los bolsillos.

—Tomá —dijo y sacó de una pequeña cartera una caja de cerillas para que encendiera los dos. Chupó el suyo con fuerzas y tiró el humo parando las tetas que luchaban por quedarse dentro del escote.

—Hace años que no te veo, Julito. ¿Tu familia? ¿Tu señora? —dijo, hizo una media sonrisa y chupó el cigarrillo otra vez, exageradamente, como todo en su vida carente de matices.

—Bien, en la capital. Me quedo en el pueblo cubriendo la previa, el entrenamiento de Benítez.

—Con razón. No sabía que vivías en la capital. Tenemos que juntarnos una tarde, para hablar de los viejos tiempos, ponernos al día ¿Qué pasa? ¿Debe ser bueno el pibe para que manden a uno de la ciudad a este pueblucho?

La Negra era insaciable y cuando le hablé de la capital, le brillaron los ojos. Recuerdo las noches de verano en San Marcos. Cuando estábamos de temporada y juntábamos los viáticos para pagarle a la Negrita y así relajar tensiones. El Polaco traía whisky de contrabando y así pasábamos las noches. A mí me quería o simulaba mejor su repulsión. Hablábamos de poesía, de Walt Whitman, y las

noches se esfumaban entre charlas y tabaco barato. Nos reíamos de la revolución, es notable la precisión de la perspectiva que da el dolor. A mí me gustaba poseerla con fuerza, a ella le gustaba que le hablara como a una igual, lo demás, evidentemente, era trabajo, pero a veces no me cobraba y eso me hacía sentir superior a los otros simples bastardos del periódico. De vez en cuando le conseguía algún perfume con el Polaco y se lo tiraba en los pechos, y así transcurrían las horas, fumando desnudos, ella lo llevaba con naturaleza y fumaba con el arte de una sensualidad zafia. También me hablaba de Marilyn, y yo a ella, de jazz. Pasábamos horas encerrados, el whisky se mezclaba con el perfume y el tabaco inundaba la habitación. Yo ponía un disco de Dave Brubeck y le leía a Macedonio y a González Tuñón. Ese verano fue hermoso. Pero todo tuvo que continuar. A veces quiero creer que ella esperaba otra cosa, que en el fondo se había enamorado. No lo sé. Tal vez fui yo y no quise verlo, por miedo a tomar una mala decisión. La verdad es que no se la veía bien. Los años pasaron y me llegó el rumor de que estaba consumiendo demasiado. Se le notaba en los dientes, en cómo escondía su ser entre el humo y esa media sonrisa condescendiente. Yo leía a través de ella y pude sentir el olor a muerte brotar por sus poros. Esa escasa esperanza ya no habitaba su deteriorado cuerpo. Al parecer, todo seguía por la fuerza de la inercia, y de a poco, el tiempo, en su inexorable marcha, lo marchitaba todo. Parecía cumplirse el desenlace inevitable que le leía en la mirada cuando hacíamos el amor años atrás, si así se podía llamar a eso. De todos modos, no solo me dio lástima, sino también un repentino y asqueroso deseo de sentirla, de mentirle con la mirada y con los besos, de transportarla a algún sueño, por lo menos por los míseros minutos que durara el polvo. La vi ahí, sentada, esperando que una buena mano del Changuito, ese sábado de junio, en Roma, la salve, o por lo menos le dé de comer por un tiempo hasta que el campeón conozca una piba más joven, con los pechos más firmes y la mirada menos muerta. Porque te puedo asegurar que con este lumpen no le iba a servir hablar de Whitman.

—Me gustó verte, Negrita. Me voy que estoy distraiendo al campeón. Desde que estamos hablando se comió dos manos muy predecibles. Ella ni me miró, sacó las gafas de sol del bolso para tapar un poco sus ojos hundidos, sin reflejos.

—¿Qué pasa, campeón? ¡La guardia arriba, campeón, no baje los brazos, muévase! —gritó el Gringo.

Cuando el Gringo le hablaba de usted, el Chango se lo tomaba en serio. A los pocos segundos hizo sonar sus palmas.

—¡Diez segundos! —exclamó.

Ya afuera, la cafetería del club parecía prisionera del olvido. El tiempo lo tenía todo de un amarillo de grasa y polvo. Lucho, sentado en la barra, ojeaba un libro. De fondo, una radio mal sintonizada relataba los goles de un clásico suspendido por agresión a los pocos minutos del segundo tiempo. Fotos en blanco y negro perpetuaban viejas glorias alzándose con cinturones mundiales en Tokio, Buenos Aires, Dublín y New York. Todo el semblante de Lucho miraba al pasado, con la desazón del que va muriendo en recuerdos. Su barba de varios días, blanca y despareja, su camisa que alguna vez fue de buena calidad y su pelo sin peinar pintaban el deterioro de un club que en nuevas generaciones no recordaba el éxito, y mes a mes, año tras año, parecía caer en un pozo. Ahora todo el pueblo dependía de la buena derecha de Benítez y la gran escuela del Gringo para colocar al Unión Deportiva Vecindario de vuelta en primer plano.

—¿Qué pasa? ¿Nadie atiende?

Lucho se dio media vuelta y mirando por encima de sus lentes intentó descifrarme entre rostros del pasado.

—¡Qué hacés, pibe! —exclamó con sincera felicidad y cierta calidez familiar.

—¿Cómo andás, Luis? —dije y al segundo me arrepentí de llamarlo Luis y no Lucho.

—Bien, acá estamos, pasando el tiempo ¿Querés un café?

—Dale, dale. Un cortado —dije, mirando el trágico panorama, esforzándome por no cambiar el semblante.

—¿Qué?, ¿te mandaron de la capital? Y, ¿qué te pareció Benítez?

—Bien. Bueno, mucho no lo vi, ya estaban terminando, no quise molestar al Gringo, viste cómo se pone.

—Sí, está bien. Y, contame, ¿cómo está la cosa por allá?

—Bien, calculo que la crisis se sentirá menos allá, siempre sale algo para hacer. En el diario no estoy mal, no me puedo quejar.

—Desde que tengo uso de razón, pibe, que estamos en crisis —dijo Lucho, sirviendo la leche de una jarra, sucia, opaca.

—Gracias, Lucho —dijo, le di un sorbo, el ruido del molinillo triturando el café inundó el bar de un aroma que en ese segundo me trasladó a la ciudad, con sus mujeres y su ritmo.

—¿Cómo te hallas entre el cemento? ¿Te gusta?

—Es lindo, a veces se extraña la tranquilidad, no hace mucho que nos mudamos a la ciudad, pero bueno, todo se mueve diferente, parece que en cada esquina pasan cosas, sentís que la ciudad te habla. No sé, es difícil de explicar.

—Te entiendo, cuando estuve allá me sentí vivo, rodeado de gente que viene y que va. Los cafés, el tiempo pasa de otra manera, es lindo, va, cuando sos joven siempre hay algo para hacer. Ahora prefiero esto, tranquilidad. Viví cinco años, seis como mucho. Ahí conocí a Carmen. íbamos al teatro, caminábamos por la calle Florida. Después de lo que pasó... —dijo y un suspiro profundo lo tomó por sorpresa, adueñándose de él. Continúo con su relato mirando la barra o por lo menos sus ojos estaban en esa dirección—. Como te decía, esa es otra historia... —remató, intentando ocultar su angustia.

Lucho era el claro ejemplo de lo estúpido que resulta intentar escapar de los problemas. Ellos te seguirán a donde vayas. Ciudad, pueblo, esposa, amante, trabajo o profesión. Él había sido uno de los mejores anestesistas de la ciudad. Cuando su mujer murió, cayó en depresión. Hay personas que viven en depresión y ni siquiera se enteran. Lo conocí en el club, de acá eran sus padres. Una parejita de judíos. El padre era un gran orfebre y la madre daba clases de

música en el colegio del pueblo. Buena gente, decente. Es increíble la fragilidad que otorga la decencia. Creo que vinieron escapando de la guerra. Tal vez por eso este pueblo está maldito. Todos vienen a parar aquí escapando de algo. Como si una energía misteriosa uniera la desesperanza. Rusos, gallegos, armenios, judíos, italianos, y los viejos criollos que se creían la noble estirpe del pueblo elegido, una especie de nobleza de un reino fantasma. Los caudillos de un pasado de tierras vírgenes, conseguidas en matanzas y saqueos. Viejos ladrones de ganado devenidos en terratenientes, terratenientes reformados en la nueva dirigencia político-sindical. La vieja derecha que mutaba entre izquierda progresista y vieja guardia, simplemente, el cocoliche desterrado de la ciudad con ínfulas de conquistadores de estas tierras. Por eso me fui del pueblo. Porque no se puede comer tanta mierda, simplemente en un momento te asfixia. En realidad, te asustás al ver que ya no sentís nada. Si me quedaba aquí, iba a terminar como Mary, prostituyéndome. Por lo menos conmigo hablaba de Chet Baker y leía a Camus. Ella no pudo escapar... y en eso pensaba mientras Lucho me servía otro café, esta vez solo, cargado.

—Lucho, ¿vos sabés quién es el representante de Benítez? Me dieron el nombre de un tal, a ver, Omar Arlekian. ¿Te suena? —le pregunté mientras buscaba la tarjeta en el bolsillo del saco.

—Arlekian, con ese apellido tiene que estar en el barrio armenio ¿Viste la plaza del pueblo? Bueno, la segunda calle para el lado del río. Yendo para el viejo astillero —dijo Lucho, limpiando una pipa.

—Bueno, voy a ir al hotel a bañarme y tirarme un rato. Llegué, dejé la maleta y vine directamente. Tabaco, ¿dónde?

Sin dejarme terminar, ni siquiera de darle el tono de pregunta, Lucho me hizo un gesto con la cabeza marcándome la salida.

—Ni bien salís, enfrente, veinte metros a la izquierda tenés una tienda, venden de todo un poco.

—Gracias, Lucho ¿Cuánto te debo?

Lucho no contestó, siguió limpiando la pipa con un trozo de alambre. Lucho era así. Así lo recordé y lo reconocí. De pronto

se desconectaba del mundo y se metía en una tarea que realizaba transformando su fisonomía, con el semblante escrutador del más experto de los detectives. Como el asesino perfecto, borrando sus huellas. Siempre creí, fehacientemente, que Lucho podía ser ese doctor que te salva la vida o ese pirado que, sin razón aparente, te la quita. Un doctor Jekyll y mister Hyde de los bares del pueblo. Lucho representaba las dos caras del teatro, toda la brutalidad de lo que existe en un universo, en lo mínimo de una partícula, los dos polos de un mundo que nos habita en el interior, un estado perpetuo entre víctima y asesino, culpable e inocente. Toda esa línea, toda esa sutileza que nos mantiene dentro de este orden inentendible. Todo eso era Lucho.

—Dame cinco —dijo Lucho—. Las palabras sonaron extrañas en el vacío de la cafetería, como una tímida disculpa. Saqué un billete de cinco y unas cuantas monedas y dejé todo en la barra.

—Chau, Lucho. Hasta mañana.

Al salir del club, un viento eléctrico arrastró el polvo y la areilla. El cielo se teñía de gris y en un segundo sentí que el día ya estaba perdido. Quería llegar al hotel y ver la lluvia desde la ventana que daba al patio. Compré tabaco, papel y un par de cajitas de cerillas. Al pasar vi que en el cine proyectaban una película de Gene Kelly. Los doscientos metros que me separaban del hotel los hice visualizando las piernas de Benítez. Era bueno cuando se tiraba a las cuerdas, aunque eso al Gringo lo volvía loco, Benítez sabía hacerlo. Por momentos me pareció verlo bailar, como una sombra que se esconde en la noche, como un alma rota que huye de su pasado.

A los diez minutos de llegar al hotel, se echó a llover como si no hubiese un mañana. Las baldosas brillaban por el reflejo del agua y los techos de chapa del patio sonaban monótonos, como un tren recorriendo el camino. El sonido me fue meciendo y poco a poco caí en un sueño tan real como prohibido. Una mujer muy joven (por no decir, simplemente una jovencita), intentaba seducirme y yo sabía que estaba mal. Todo estaba mal. Ella era un amor prohi-

bido y estábamos en una casa ajena, desconocida. La situación se veía interrumpida por ciertas apariciones inoportunas, o salvadoras, que nos obligaban a parar. Sentíamos que la gente de la casa era consciente de todo, pero nadie decía nada. Todos callaban, solo interrumpían. No sé si por favor o curiosidad. En un momento toqué sus pechos, tan maduros y perfectos como una fruta de lo más dulce. Por momentos su piel se tornaba dorada, caoba. Creo que no llegamos a hacer nada, pero el deseo dolía, de tan fuerte, quemaba como la fiebre, como algo que se metía en mi mente y en mi espíritu y corrompía todo mi ser, lo poco que me quedaba de humanidad. Apretaba sus pechos y ella gemía y se mordía los labios. Luego, el sentimiento de culpa me asqueaba hasta el punto de querer vomitar. Parecía un círculo vicioso, en el que no se distinguía el sentimiento originario, si era la culpa, el asco o el placer. Nos cambiábamos de habitación y siempre en el momento justo aparecía alguien. En mi interior maldecía y agradecía por igual. Cuando desperté del sueño, no sabía si era de tarde o de noche, si estaba en Buenos Aires o en Madrid (cierta humedad y aroma me trasladó un segundo a esas dos ciudades). La duda se mantuvo un segundo que pareció eterno, luego recordé cada imagen del sueño y aproveché la soledad.

Al salir de la ducha, el día se desplomó en un instante y la noche llegó de repente. El viento de una tormenta que no quería irse jugaba con las copas de los árboles. En el hotel, que minuto a minuto se parecía más a una pensión, todo era opaco y de una incomodidad permanente. Pasabas del calor al frío y viceversa. Una vez vestido, el silencio de la habitación, profundo e infinito, me obligó a salir de allí a toda prisa, todavía sin rumbo fijo. Acomodando las ideas a cada paso, con la mirada hacia el suelo y esquivando los charcos, crucé el patio y encendí un cigarrillo.

—Don Julio, acá tiene un mensaje de un tal Isidoro, dice que cuando pueda lo llame —me avisó doña Blanca, mostrándome un papelito amarillento, escrito con una caligrafía infantil.

—Gracias, doña Blanca. ¿No dijo nada más? —pregunté.

—No, querido. Un tipo raro, don Julio. Tenga cuidado, que estos vivos aparecen cuando se enteran que viene alguien de la capital.

—Gracias, doña Blanca —agradecí agarrando el papel y guardándolo en la cartera.

—Va a llover toda la noche ¿Quiere un paraguas? —preguntó doña Blanca.

—¿Perdón? —pregunté distraído, todavía intentaba descubrir quién era ese Isidoro y por momentos pensaba en los pechos de la joven.

—Que si va a llevar un paraguas, que no va a parar, ¿eh? —dijo doña Blanca.

—Bueno, gracias —respondí.

La diminuta anciana ya tenía el paraguas en la mano y me apuntaba directamente a la cara.

Eran las ocho, pero parecían las dos de la madrugada. Las calles estaban vacías y el cielo no se limpiaba. De a ratos, el firmamento se iluminaba por los refugios y luego el estruendo aparecía más lejano, llegando desde otro mundo, como un regalo divino que nace del interior de una montaña, gruñendo como la conciencia de un asesino. Es hermoso cuando cruje el cielo, la naturaleza salvaje nos muestra frágiles, pendiendo de un hilo.

Los charcos reflejaban los faroles y sus tibias luces eran atrapadas en los espejos de agua. Yo me sentía seguro con mi paraguas. El paraguas mágico de doña Blanca, inmaculado y protector. En la esquina una pareja de ancianos esperaba la tormenta tomando mate. Me miraron hasta que los saludé, luego el mundo pudo seguir girando. Encaré hacia la calle de los armenios. Era tarde, pero quería sentir que no había desperdiciado un día, solo recordando la decadencia de este pueblo oxidado.

Dos personajes de barbas grises y cabellos revueltos discutían el valor de algo.

—Disculpen, caballeros. Buenas noches.

—Buenas noches —dijeron, casi al unísono.

—Estoy buscando al señor Arlekyan Omar Nishan Arlekyan —busqué la tarjeta en el saco y la moví encontrando claridad para leer mejor.

—¿Se puede saber por qué se lo busca? —preguntó el que aparentaba menos edad, mientras sacaba un cigarrillo y se lo ponía en la boca.

El otro lo miró chasqueando la lengua y respondió:

—Al final de la calle hay una relojería: El león de oro.

—Gracias, buenas noches. Me alejé sintiendo sus miradas en mi nuca y escuchándolos hablar en su idioma. Todo sonaba a una antigua maldición, dueña de un pasado más lejano que el propio olvido.

La puerta de la relojería estaba cerrada con llave. Adentro, una luz tenue, un hombre y una mujer mucho más joven hablaban. El hombre le mostraba algo que guardó apresurado cuando me vio golpear la puerta. Se acercó y dio vuelta el cartel de abierto a cerrado con cara de pocos amigos, luego, me dio la espalda. Golpeeé otra vez y le mostré el papel con su nombre apoyándolo contra el cristal.

—Señor Arlekyan, disculpe la hora. Soy del periódico *La Tribuna*, de la capital. Vengo a cubrir la preparación para el título mundial mediano de su representado, el Changuito Benítez.

El hombre abrió la puerta sin dejarme pasar.

—¿Mi representado?

—¿Usted es el señor Arlekyan? —insistí.

—Sí, pero no manejo más a Benítez.

—¿Pero era su representado cuando le ganó por *knockout* en el quinto a Serafín Pasccuchi, por el título nacional? ¿No?

—Esa es historia pasada, muchacho, y ya es tarde para hablar. Me esperan y no me gusta llegar tarde.

—¿Podría decirme quién lo maneja ahora?

El hombre, sin mirarme, se dirigió al mostrador y recogió su abrigo. La mujer (ahora podía ver que se trataba de una joven de tez caramelo y rasgos delicados) agarró el maletín del hombre y una tarjeta del mostrador.

—No puedo ayudarlo, hombre, créame —insistió Arlekyan.

—¿Podríamos reunirnos mañana? Le invito un café —dijo.

—Mañana me voy de viaje y no volveré en unos meses. Siento no tener tiempo para usted —respondió, en su tono no se escuchaba nada parecido a la pena o la lástima por no poder ayudarme, solo aceleraba sus palabras para largarse de esa situación.

El hombre apagó las luces y en ese instante de oscuridad la mujer me entregó la tarjeta y, entre el claro de la luna y el farol de la calle, se pudo distinguir su gesto, poniéndose el dedo sobre los labios para pedirme silencio. Guardé la tarjeta en el bolsillo de la chaqueta y me aparté.

—Permiso —dijo la hermosa mujer al salir.

—Sí, disculpe —dijo.

Sostuve la mirada en sus ojos. De alguna extraña manera aplacaban mi rabia y me generaban confianza.

—Bueno señor Arlekyan, disculpe las molestias.

—No es problema, señor. Como le decía, lamento no poder ayudarlo.

—Que tenga un buen viaje. Y otra vez, disculpe.

—Nada, nada.

—Adiós señorita, buenas noches —dijo—.

—Buenas noches —respondió ella, seria, sus palabras fueron como el silencio para mí, como una nota perfectamente ejecutada.

A la espera de la tormenta, todas parecían notas sueltas. La Mary, el Campeón, un tal Isidoro y una hermosa mujer que, secretamente, pedía mi ayuda. Todas notas que por el momento no formaban una melodía. Miré la tarjeta y decía su nombre: Victoria Narine Arlekyan. ¿Por qué su hija pedía mi ayuda ocultándolo ante su padre?

Me quedé mirando cómo se alejaba el coche de Arlekyan. Encendí un cigarrillo observando la luna, que por primera vez se mostraba desnuda y brillante, redonda y perfecta, como la más delicada belleza femenina. Decidí caminar por el viejo astillero, tuve la certeza de que si iba a la pensión (ya no tenía sentido llamarlo hotel), no sería capaz de pegar un ojo.

El astillero estaba repleto de sombras que en un pasado fueron mujeres, madres, hermanas e hijas. Sus rostros se escondían entre la noche y el humo del cigarrillo. Busqué en ellas un parecido a Victoria, pero a cada paso, a cada mujer, resultaba más imposible. Victoria era dueña de una belleza y delicadeza de otra extirpe. En el viejo astillero solo había cadáveres deambulantes. Ropas brillantes y baratas, falsas sonrisas que escondían la perdición ¿Cuánto somos capaces de aguantar? ¿Qué somos capaces de hacer para sobrevivir? Cuando estaba decidido a pegar la vuelta, vi a una muchacha fumando, sola, alejada del resto y con una postura y caminar un tanto diferente. Descartó a dos coches que frenaron delante de ella y le preguntaron cuánto cobraba.

—Estoy de descanso, hermoso —siempre se escuchaba esa respuesta.

Se la veía cansada. Fumaba con la mueca de quien quiere que no se acabe nunca el cigarrillo. Entre calada y calada, miraba hacia arriba, esperando que la lluvia regrese y la mande a casa temprano esa noche. La miré y me sonrió. Su rostro era hermoso, de una belleza simple, cálida. Todavía conservaba algo de esperanza en su mirada, de aquella energía que te moviliza por las mañanas. Comenzaba a refrescar, la brisa era constante y de a ratos se convertía en un viento que el cuerpo empezaba a sentir. A lo lejos, se vislumbraba las luces de un coche. La joven me miró y volvió a sonreír. Me acerqué buscando un cigarrillo.

—Hola, buenas noches. ¿Querés? —dije ofreciendo un cigarrillo.

—Hola, gracias —agradeció, tomó uno y le ofrecí fuego.

—¿Quieres hacer algo? Tengo entendido que va a llover toda la noche. Tengo una habitación aquí cerca. Podemos pasar la noche —dije.

—No sabés el olor que había en el interior de esos coches. No sé cómo puede haber gente tan sucia.

Quise preguntarle cuántos años tenía, pero no sé por qué supuse que se ofendería.

—¿Comiste algo? —mi pregunta fue directa y no supe bien cuál fue la motivación para hacerla. La miraba buscando el rostro de Victoria que no aparecía. Le miré los pechos y eran jóvenes, maduros. El sueño aquel reaparecía.

—¿Qué pasa, tengo cara de hambre? —dijo y chupó el cigarrillo, ahora con más fuerza.

—¿Vamos? En el hotel tengo algo para comer y podés pasar la noche.

—¿No me vas a preguntar cuánto valgo?

—El dinero no es problema. Pero me gustaría que pases la noche. No me gusta dormir solo.

—Vos no sos de acá, ¿no? Se te nota algo diferente. Vamos —dijo mirando el cielo.

La luna se quería esconder otra vez, era brillante y desbordaba de humedad.

—Me estoy quedando por unos días. Soy de la capital.

—Lindo lugar para vacacionar elegiste, acá no hay nada para ver. No conozco la capital. Dicen que es linda. Una amiga me mostró una foto de ella en una plaza. Me la envió en una carta con una postal. Se fue para allá y conoció a un hombre, se enamoró y se casó. Por iglesia y de blanco. No tuvo que trabajar más. Recuerdo que en la foto no se veían los techos de los edificios. Eran muy altos. ¿Es verdad que son tan altos?

Con cada palabra aparentaba menos edad. Todavía no hablaba con dolor y me fue preguntando cosas de la capital todo el camino a la pensión. Cuando comenzó a llover, me pidió que la abrazara. Me dijo que le gustaba caminar, pero que los hombres que van al astillero no se quieren bajar de sus coches para no ser vistos. Le conté que trabajaba en el periódico, me dijo que no sabía leer, que un día se marcharía a la capital y se casaría con un buen hombre para no trabajar más, que le haría el amor todos los días como para no perderlo y se compraría vestidos e iría al cine. Aquí nunca pudo ir al cine porque no quieren venderle una entrada. Los clientes van con sus esposas, era lógico. Usaba mucho esa palabra, lógico. Ha-

blaba un rato y me recordaba cuánto le tenía que pagar por toda la noche, como si repitiera normas de su trabajo, consejos de las más viejas, tal vez. Le di el dinero y una propina. Me dijo que en la capital la podría visitar, podríamos ser amigos, nos juntaríamos para tomar el té y ella podría hablar de que su amigo es escritor. Le encantaba esa palabra y así me llamaba a cada rato: escritor. Quería aprender para leer el periódico donde yo escribía.

—Cuando nos juntemos a tomar el té, te contaré mi vida y tú escribirás un libro y seré famosa.

Nunca entendí por qué me gustaba tanto alimentar la ilusión de las mujeres. Me daba más placer que el sexo. Por un instante, un sentimiento profundo me hizo desear tenerla conmigo los meses que estuviera en el pueblo. Nos quedamos en el hotel (decidí volver a llamarlo hotel en su honor, ella nunca había estado en uno y no quise quitarle esa experiencia). Comeríamos y beberíamos vino, le haría el amor y le compraría un vestido rojo. Ella no tendría que salir de la habitación. No pasaría más frío por las noches ni tampoco hambre. Tendría ropa limpia y sería una cautiva en mi pequeña fortaleza. La enamoraría y, llegado el momento, le partiría el corazón, como lo había hecho con la Mary. Pero antes, le enseñaría a leer y le hablaría de Camus, la educaría para ser refinada. La bañaría en perfume y hasta podía aprender a tocar el piano, tenía unas manos decoradas por unos dedos finos, eran blancas y suaves, nacidas para acariciar las teclas. Toda ella era blanca, de una blancura tersa, casi irreal. Sus labios pintados de rojo y la pésima iluminación de la habitación, en contraste con el blanco de su rostro virginal, formaban un todo azul, como la profundidad del río cuando refleja al cielo de noche.

Esa noche la pasamos entre el humo del cigarrillo y el sonido de la lluvia golpeando los techos de chapa del patio. Hablamos hasta las dos de la madrugada, me preguntó si creía en Dios, le dije que a veces.

—Eso no funciona así —dijo—, tienes que creer o no creer, así se divide el mundo.

La miré sin decir nada, tal vez esa niña ingenua tenía razón. Hicimos el amor, su piel era joven y su cuello era largo como el de algún animal exótico. Por momentos fantaseé en lo bien que le quedaría un collar de diamantes o de perlas. Antes de dormirnos, la bañé. A ella se le dio por rezar el Padrenuestro, dijo que no estaba bautizada, que orar era como cantar. Su cuerpo absorbía el aroma como si su piel compartiera una misteriosa química con el jabón, una secreta conjunción de elementos amalgamaba la esencia y su piel parecía tomar propiedades del jabón. Ella se durmió antes que yo y eso fue lo mejor de la noche. Me senté a observarla respirar con la boca entreabierta, haciendo pequeños gestos, soñando y quejándose. Me fumé dos o tres cigarrillos y me fui a dormir. Por cierto, la joven se hacía llamar Elena, me dijo que alguien le había contado que en la más hermosa historia de amor existió una Elena. Quiso decirme su verdadero nombre, pero no la dejé. Para ella, mi nombre era Sergio Augusto (me nombré así en honor a un amigo que no veía hace meses).

A la mañana siguiente, desperté e hice el desayuno. Café y pan tostado con un dulce de higos, un regalo de bienvenida del club. Ella se despertó sonriendo y la mañana amaneció fresca. Durante el desayuno me quiso hablar y la callé diciendo que me gustaba el café y el silencio. Tenía marcas en el cuello y comía con la seguridad del que sabe que no probará bocado el resto del día.

—Si quieres, llévate el dulce.

—Gracias, amor —dijo, sin dejar de masticar.

—Espera, toma. Unos alfajores artesanales, me dijeron que son muy buenos. Escucha, yo me tengo que ir, pero vos si quieres te puedes quedar, como prefieras. Acá te dejo la llave, después se la das a la señora Blanca.

Ella no decía nada, solo tragaba el pan mientras abría un alfajor. No te olvides de dejarle las llaves, sino a la noche no tengo cómo entrar. Ella asentía y seguía comiendo. A esas alturas, creo, continuaba comiendo por el temor a ser expulsada de ese pequeño paraíso. Me despedí con un beso, apenas chupando el resto de cho-

colate que le quedaba en la boca. Busqué mi chaqueta y el paraguas mágico de doña Blanca y salí.

—Buenos días, doña Blanca, acá está el paraguas que me prestó ayer, la verdad me salvó la noche.

—Buenos días muchacho, no es nada.

Doña Blanca hablaba moviéndose, mirando al suelo, siempre en signo de arrepentimiento, asintiendo, meneando la cabeza, quejándose a cada paso. Siempre vestía de camisón y parecía recién levantada, sus ojos claros, de un verde transparente, apenas se veían entre tanta arruga y gesto de dolor.

—Doña Blanca, necesito hacer una llamada. Me han dicho en el periódico que podía utilizar el teléfono de aquí, ellos se hacen cargo de los gastos.

—Sí, sí, querido, pase. La segunda puerta, a la izquierda.

La habitación estaba a oscuras. Doña Blanca encendió una lámpara de pie para alumbrar el teléfono color verde pastel que reposaba sobre una mesita vestida con un mantel amarillento de bordados de rosas rojas desgastadas. Un sillón de piel beige y una alfombra de dibujos claramente armenios. Toda la habitación daba la sensación de no haber saboreado la luz del sol durante años. Algo me hablaba de esa lámpara, como si su existencia fuera determinante en la creación de ese pequeño universo. Se hizo la luz y apareció el teléfono, la mesita donde descansaba y la alfombra dieron una pizca de realismo a aquella escenografía de teatro independiente. Todo parecía falso, como montado allí días antes. De una antigüedad simulada. Detrás, el sofá tenue, de un beige apagado. No se veía nada, por momentos se podían adivinar algunas formas que parecían muebles y un tocadiscos, una mesa a lo lejos, pero después, la oscuridad se lo tragaba absolutamente todo, destrozando percepciones, dimensiones. La sala podía medir tres metros más o ser profunda como un océano. El misterio ganaba en el silencio y escuchaba mi respiración como ajena, como si el aire saliera desde otra boca, fluyendo de otros pulmones, yéndose, escapándose con un trocito de mi alma a cuestas.

Disqué el número y el tono me puso a esperar.

—Hola —respondió una voz seca, medio apagada, que surgía del silencio de un ambiente en calma.

—Hola. ¿Hablo con Isidoro? Soy Julio Armando Garaycochea, periodista de *La Tribuna*.

Una pausa y una respiración.

—Señor Garaycochea, solo le puedo decir que busque a Beatriz López, no tengo más datos; si la encuentra, entenderá todo.

—¿Voy a entender todo? ¿Usted es Isidoro? ¿Con quién hablo?

—Isidoro no existe, es solo un nombre. Busque a Beatriz López, vaya al bar El Baqueano, sea muy cauteloso y no confíe en nadie. No me vuelva a llamar, Isidoro no es mi nombre, yo solo soy una voz intentando ayudar, no podemos ser hijos de la impunidad.

—¿Hola, hola?!

Del otro lado me respondió el tono.

Todavía estaba en la habitación, sentado, utilizando el silencio para pensar. Me recosté en el sofá, cogí la libreta y anoté: Beatriz López y El Baqueano. Lo primero que me vino a la mente fue que todo era parte de la broma de un loco, un solitario que no tenía nada mejor que hacer. Sus palabras me retumbaban en la cabeza: «No podemos ser hijos de la impunidad». Parecía un tipo formado, no se escuchaba como un loco que gastaba una broma, más bien sonaba como un tipo politizado, un buen lector, tal vez. No lo sé, lo único que sabía con certeza en ese instante era que todo recaía agridulce en mi garganta, dejándome un extraño sabor en la boca. Estaba claro que si buscaba a un Isidoro, no encontraría nada. «Isidoro no existe, es solo un nombre», tal vez hasta con eso quiso decirme algo. El nombre sería una clave, después de todo. También anoté esa frase y otra más: «Solo soy una voz que quiere ayudar».

Para dejar de pensar en esa voz fantasma, llamé a Victoria, pero nadie contestó. Lo volví a intentar y nada. Tenía un par de horas antes del entrenamiento, quería llegar temprano y agarrarlo al Gringo a solas. Tenía que preguntarle quién representaba al pibe, ahora que el armenio estaba fuera del pueblo y, daba la sensación,

también fuera del manejo de púgiles. Un golpe en la puerta me sacó de mi trance.

—Don Julio, ¿ya terminó? ¿No lo oigo hablar?

—Sí, doña Blanca. Estaba pensando. Ya salgo. Ah, casi me olvidaba. Tome, esto es por las molestias —dijo mientras le acercaba un billete de veinte—. En la habitación se quedó una prima mía, está estudiando periodismo y le doy una mano. Ella le va a dejar la llave.

La vieja agarró el billete mirando para abajo.

—Gracias, m'hijo —dijo saliendo con su renguera habitual. Vi toda su humanidad tambalearse.

No podía dejar de pensar en aquella llamada. ¿Por qué no fue más claro? Si intentaba llamar mi atención, lo había logrado.

El día estaba pesado, nublado y húmedo, ese frescor había sido una ilusión del despertar. Los charcos y las hojas pegadas en los coches, en esa mezcla de barro y arenilla, me recordaron a la tormenta de la noche anterior. Encendí un cigarrillo, aunque ya a esas horas la garganta y el pecho me ardían.

—Necesito un antiácido —no sé si lo pensé o lo dije en voz alta.

Era temprano y el club estaba vacío. Un hombre limpiaba el suelo con un trapo deshilachado que tenía el ambiente de olor a cloro, me hacía llorar los ojos. Se podía oír un valsecito de fondo, que venía desde alguna radio lejana. El hombre realizaba su trabajo sin tener ni la más mínima conciencia de la etimología de la palabra, pero en su rostro marcaba un resentimiento singular, se notaba que en su interior estaba la respuesta, pero se lo veía muy ocupado para mirar hacia adentro. En cada movimiento, más o menos disonante, se notaba el esfuerzo impuesto para respirar, quizás a causa de alguna enfermedad que dejó sus secuelas; también estaba rengo de una pierna, me hizo recordar a doña Blanca, con una queja a cada paso. Pedí disculpas por pisar las vetas de cloro y agua, y caminé hasta la cafetería. Lucho estaba leyendo el diario y tomando café. Él era su mejor cliente, eso estaba claro. Agradecí a todas

las fuerzas universales que Lucho no se encontrara con ganas de hablar ese día. Me tomé un café y un antiácido, que él mismo me dio después de revolver un cajón con tijeras, una ratonera, botones de diversos colores y unas cuantas tonterías más. Me dijo que el Gringo recién había llegado y me fui para el gimnasio. Ni bien entré, lo vi preparando las cosas. El olor a sudor seco en las lonas y el silencio entre los movimientos cansinos me hicieron sentir en casa. Me quedé parado observándolo. El Gringo estaba viejo. Su pelo, más que rubio, era de un blanco amarillento, con un brillo aceitoso. Todavía colgaba de su cuello la cadena que le regaló Tito aquella inolvidable noche de campeonato en el palacio de los deportes. Su cuerpo se movía por amor. El amor al boxeo lo mantenía vivo y eso me dio un segundo de esperanza con la vida. Qué fácil es vivir cuando se ama. No quiero decir que la vida del Gringo fuera fácil, no tiene nada que ver con la comodidad en sí, al fin y al cabo, eso no importa. Lo que le era fácil, era levantarse por las mañanas. Cuando ayer vi su semblante transformado, dándole indicaciones a Benítez, el tiempo se detuvo. Tal vez se tratase de eso, de hacerse con la capacidad de detener el tiempo. Él tiene un motor y tiene un motivo para desvelarse por las noches, no solo ese sentimiento de vacío que carcome.

Debo decir que me dio envidia, y los que creen en la envidia sana son los peores hijos de puta o son lo bastante hipócritas como para mentirse a sí mismos, y lo suficientemente idiotas para creerse. Ya no sabía qué me movilizaba. La inercia de la rutina, el triste deseo de progreso, signifique lo que signifique, porque el progreso lo tratamos como a una fe, aunque nunca fuimos testigo de él, seguimos levantando su bandera. Todo sucedía en cámara lenta. Debo admitir que la pequeña conversación con Isidoro me cambió un poco el ritmo de la respiración: mucho más que acostarme con muchachitas como Elena o aún más que volver a este pueblo que, en solo dos días, me dio la razón respecto de mi visión de las sociedades. Somos una especie temerosa del perdón. Con tal de no gritar «¡sí, me equivoqué, nos equivocamos!», somos capaces de morir de a poco,

de pudrirnos por dentro. Somos tan hipócritas, incapaces de salir a la calle de la mano de las Elenas del mundo. Solo se trata de seguir adelante, como sea. Ahora, ya estamos subidos a esa vida en la cual le mentimos a los que amamos, supuestamente para cuidarlos, y ellos nos mienten y todo se vuelve tan falso que luego no somos capaces de diferenciar la mentira de la verdad, ya todo es lo mismo, porque todo vale lo mismo, le damos un valor a las palabras y luego lo destruimos con los hechos. No sé qué se quebró en nuestras mentes, en nuestras almas, pero nuestra esencia resquebrajada se puede percibir a kilómetros. Lo importante es un buen puesto, una buena mujer y una buena educación para nuestros hijos. Adoctrinarlos, para que ellos sigan con todo este sistema de mentiras que creamos y alimentamos. Mentira, culpa, falsa rebeldía, arrepentimiento y falso paraíso. Al fin y al cabo, no hace falta ir a la iglesia todos los domingos, todos estamos adoctrinados, desde hace siglos, por la culpa católica, y vivimos bajo ese enorme y universal dogma. Si descubres eso, es peor. Vives pensando en ello y no puedes escapar, tal vez no sientas tanta culpa, pero la mierda está ahí afuera, en el mundo, dentro de nuestros derruidos corazones, y por más que no la quieras ver, ahí está. Las Marys y las Elenas, los Luchos y hasta las pobres doñas Blancas trabajando sin descanso, sin saber para qué. La ignorancia hace a la felicidad, créanme. O por lo menos a una ilusión más comprensible, un concepto de felicidad más vago y terrenal, más fácil de asimilar, más fácil de digerir. Y yo, el más incierto de los católicos apostólicos citadinos, sumergido en la culpa hasta las orejas, envidiando a un viejo que duerme en un gimnasio, envidiándolo con terror, con tal miedo en mi interior que soy capaz de morir en mi hermosa casa, con mi hermoso puesto y mi santa reputación, antes que escaparme con mi princesa de barro, aunque solo ella me haya mostrado un poco de amor y compasión entre toda esta mierda que nos cubre hasta las narices. Tal vez algún día me odie más de lo que me compadezco de mí mismo. Ese día podré hacer algo impresionante, algo que cambie el rumbo de la historia de mi vida y, quizás, el rumbo de la humanidad.

—Y un día volvió el orgullo de San Marcos. ¿Qué hacés, pibe? —dijo el Gringo y cruzó el gimnasio para abrazarme con una fuerza fraternal que no sentía hace años.

—Bien, Gringo. ¿Cómo estás?

Lo abracé fuerte, y cuando él quiso aflojar, yo lo volví a apretar. Ese abrazo fue tan hermoso como inesperado. El Gringo se alejó un poco y me miró a los ojos, dándome una palmadita en la cara, como solía hacer antes de lo sucedido días previos a mi partida a la capital, cuando volví de visita al pueblo en la adolescencia, aquel verano del 43.

—Disculpá, la otra vez no te saludé bien, no quise molestarte, Gringo.

—No pasa nada, pibe, viste que me concentro demasiado cuando entreno. ¿Y... qué te pareció el campeón?

—Lo vi poco, pero es bueno.

—Aprende muy rápido, nació para esto, Julito. Es ligero de piernas y maneja bien el jab. Va a llegar bien a la pelea —el Gringo me hablaba como si nunca me hubiese ido.

—El italiano es bueno, estuve mirando algunos videos y es bueno, va bien al achique —dije.

—Sí, pero este pibe es otra cosa. Ese tanito nunca se cagó de hambre, sabés lo que eso. Le venimos llenando la cabeza con que este le quiere sacar el pan, la gloria. En cuanto lo vea, lo mata. Estoy tratando de serenarlo un poco, de que piense las peleas un poco más, para no tener sorpresas. Pero quédate tranquilo que se lo come crudo.

Nunca lo había visto tan confiado al Gringo. Jamás lo escuché hablar de una pelea como si ya estuviese ganada.

—¿Hoy te quedás a verlo?

—Sí, bueno, cuando haga *sparring*, seguro. Tendría que hablar con el representante, pero el periódico me pasó un nombre equivocado.

La cara del Gringo cambió de repente, dejó de mirarme y pareció huir de la conversación.

—Dame un cigarrillo, dale —dijo el Gringo sin mirarme.

Me extrañó la reacción, busqué un cigarrillo en el saco.

—Tomá —dije, estirando la mano con el cigarrillo.

—Ahora lo representa el intendente, bah, un sobrino de él. El tipo no sabe mucho de box, pero sí de negocios. No te molesta Julito, voy a seguir preparando —dijo el Gringo.

—Tranquilo, Gringo, no quiero molestarte. ¿Cómo se llama el intendente?

—Isidoro Esquilache, no sé cómo se escribe.

—Gracias, Gringo, me quedo acá sentado. Tengo que escribir algunas cosas. Seguí tranquilo.

Su rostro cambió y hasta su energía mostró una dicotomía con el Gringo de hacía diez minutos. Su semblante y su caminar traslucían cierta preocupación disimulada, escondida entre alguna sonrisa forzada que arrojaba de vez en cuando. Isidoro, demasiada casualidad. No creo que en este pueblo haya tantos Isidores como rengos. A partir de ese cruce de palabras, el Gringo no me habló más. Nunca supo mentir y era muy evidente que no quería responder a mis preguntas.

—¿En cuánto viene el campeón, Gringo?

—En una hora más o menos —respondió mirando su reloj y frunciendo el ceño para poder leer.

—Después vengo. Voy tomar un café y hacer algunas anotaciones —dije, le hice un gesto al Gringo y le dejé dos cigarrillos y una caja de cerillas en el ring.

—Gracias, pibe. Nos vemos.

Salí del club y crucé la calle en dirección a la plaza del pueblo donde estaba el ayuntamiento. Tenía que hablar con ese tal Isidoro o su sobrino. La mañana a esas horas solía despejarse y las nubes se abrían dejando el paso a un sol que calentaba más a cada minuto. Me quité la chaqueta y me arremangué la camisa. Por momentos, una leve brisa refrescaba el sudor de mi frente y comenzaba esa época del año donde era imposible elegir con qué vestirse.

La plaza del pueblo cobraba vida mientras se armaba el mercado. Las lonas se movían apenas por la brisa, el aroma a jazmín de la plaza daba un tono alegre a la escena, casi naif. Quesos y chorizos caseros, ropajes usados revueltos en canastos, un puesto de dulces artesanales, un hombre solitario vendiendo libros usados y unas acuarelas no muy buenas, seguramente pintadas por él mismo. Apresuré la marcha pensando en ver a Benítez hacer un poco de guantes. El ayuntamiento era igual de deprimente por fuera que por dentro, los colores crema sin fuerza y un olor que me supo indescifrable, cansador y constante, me acompañaron hasta la recepción. Un perro dormía junto a la recepcionista, maquillada con exageración, gorda, sentada en una silla tan ridículamente pequeña que desaparecía en su trasero. Sobre ella y el perro —que era tan viejo que podía estar muerto al igual que dormido— giraba un ventilador que causaba más ruido que viento. Solo removía aquel olor, aquella pesadez.

—Disculpe, buenos días, quería hablar con el intendente. Mi nombre es Julio Armando Garaycochea, soy un enviado del periódico *La tribuna*, de la capital —dije, buscando una tarjeta en el interior de mi cartera y entregándosela.

La señora de grandes gafas, excesivo maquillaje y una boquita de muñeca pintada a mano la agarró, sin comprender mucho lo que sucedía, me preguntó si tenía una cita para ver al intendente. Detrás de ella pasó una mujer que aparentaba menor edad y mejor entendimiento de los hechos, nos interrumpió pidiendo disculpas.

—Disculpe, señor. ¿Usted es periodista de *La Tribuna*, dijo?

—Sí, señorita. Sería de mi agrado hablar con el intendente. Estoy aquí para cubrir la preparación de Oscar el Changuito Benítez, campeón nacional de boxeo, va a pelear por el título mundial en Roma, en unos meses. Quiero hacerle una nota al señor intendente en el marco de este acontecimiento.

—Espéreme un segundo, por favor.

La secretaria desapareció al doblar la esquina del pasillo. La señora encargada del perro me sugirió amablemente que me sentara.

—Gracias —respondí con mi mejor cara de monaguillo del pueblo.

A los cinco minutos reapareció la secretaria y me pidió que pasea a la oficina, el intendente me recibiría con gusto.

—Gracias, muy amable —dije.

El calor crecía a cada minuto en la precaria sala de espera, para pasar tuve que esquivar al perro que resopló y continuó con su siesta. Al final estaba vivo.

—Lo acompañó, señor...

—Garaycochea. Julio, está bien. Ella caminaba delante de mí y podía notar sus curvas bien definidas, que enmarcaban un cuerpo tonificado, en total discordia con su rostro de mujer cansada. Sus nalgas y caderas se veían firmes, y sus piernas, fuertes y macizas, claramente entrenadas, todo su cuerpo se movía con la precisión y la energía de un organismo sano, si la comparaba con lo que venía viendo en el pueblo, parecía salida de otro lugar.

—Disculpe a mi compañera por hacerlo esperar, tiene la orden de no dejar pasar a nadie. Es la primera vez que viene un periodista de la capital a entrevistar al doctor.

—No esperé demasiado. ¿Señora...? Disculpe, pero no nos presentamos —respondí.

De golpe frenó su marcha en el pasillo y giró, enfrentándose.

—Tiene usted razón, Julio. Soy la secretaria del doctor Squillace, Carmen —dijo, dándome la mano y mirándome fijamente, sus ojos apenas se notaban detrás de sus enormes gafas, eran de un gris perlado, profundo y sincero.

—Como la ópera —dije, sonriendo.

—Perdón? —dijo ella.

Al final del pasillo, a pocos metros de donde estábamos, se abrió una puerta de madera y salió un hombre de camisa y tiradores, sus movimientos eran estridentes y teatrales. Su piel era tostada, como por un verano eterno. Interrumpiendo se dirigió a Carmen.

—Carmen, hágame el favor y llame al comisario, dígale que no voy a llegar. Que lo veo a las dos en El Baqueano.

—Sí, doctor. El señor es Julio Garaycochea, de *La Tribuna*.

—Sí. Buen día, hombre, ¿cómo le va? —dijo el intendente con una sonrisa de boca entreabierta.

Mientras me acercaba hasta él, me recorrió con la mirada de arriba abajo, luego, apretó mi mano con fuerza.

—La tribuna, de *La Tribuna* ¿no? Y, ya lo vio al campeón —preguntó el intendente, caminando hacia su sillón detrás de un mos-trador de roble. Se sentó primero y al tiempo me indicó con la mano que tomara asiento.

Detrás de mí, Carmen permanecía inmóvil, esperando indica-ciones. A cada minuto este hombre se veía más pequeño, de una contextura robusta, me recordó a una estatua de un pescador que vi una vez en Portugal.

—Carmen, puede ser un café. ¿Usted quiere un café, don Julio?

—Sí, gracias, con dos de azúcar, por favor. Llegué ayer, pude ver poco al campeón, estuve hablando con el Gringo y la prepara-ción va bien. Se lo ve rápido a Benítez. Tengo la información que usted lo representa, por eso lo vengo a ver.

—Tiene la información incorrecta, el que lo maneja es mi sobri-no, se ve que a la capital llega la información distorsionada —dijo el pequeño pescador, acentuando cada sílaba, como si se tratara de un nuevo hallazgo en su léxico cotidiano.

—Bueno, no suele pasar, pero no llegó mucha información del cam-peón a la capital, se ve todo muy encapsulado, fue una aparición re-pentina la de Benítez, a veces con los genios sucede de esta manera, se escapan a los ojos de la prensa, sobre todo cuando surgen de un pueblo tan pequeño como San Marcos. La pelea por el título se confirmó de-masiado rápido, estas cosas suelen armarse a un ritmo más lento.

—Puede ser, no sé mucho de la organización de la pelea, como le digo, mi sobrino es el que lo representa, claro que, al ser fami lia, uno le da una mano, pero más con cuestiones burocráticas, de papeleo, todo lo que sirva de comodidad para el campeón. Es hijo de San Marcos, imagínese que para nosotros es un emblema de esfuerzo y progreso, un ejemplo para nuestros jóvenes.

—Disculpe que no sé el nombre de su sobrino.

—Domingo Luis Squillace. Ahora, está en Roma, arreglando cuestiones de alojamiento y publicidad —dijo Isidoro, gesticulando, estrepitoso, en su rostro todo se veía como una mentira o una venta de algún mal producto.

—¿Su sobrino conocía a Benítez con anterioridad al campeonato nacional? Sé que antes era manejado por Omar Arlekyan. Hablé con él ayer, pero no tenía mucho tiempo. Quiero reconstruir la carrera de Benítez hasta llegar a la oportunidad de pelear por el título. No comprendo cómo dejó a Benítez justo ahora, en su mejor momento, habrán tenido algunas diferencias.

Con un leve gesto de sorpresa, Isidoro agarró un cigarrillo del bolsillo de su camisa.

—¿Habló con Arlekyan? Creí que se había ido del pueblo. Usted entenderá que aquí nos conocemos todos. ¿Qué le dijo? —preguntó Isidoro.

Su tono pasó de una cálida entrevista a un interrogatorio (sospecho que se espantó por lo evidente de su cambio de actitud y volvió a su papel de vecino campechano).

—Bueno, supongo que estaría cansado, es un poco viejo para todo esto, solo le queda su hija que estudia en la universidad a más de doscientos kilómetros, no tiene mucha ayuda el pobre hombre.

—Sí, esa fue la explicación que me dio, pero quiere que le diga algo —dijo, mirándolo a los ojos, intentando distinguir cada gesto en su mirada—. No le creí mucho —retomé, buscando un cigarrillo—. Me pareció un tanto extraño.

En ese momento, un golpe en la puerta y la voz de Carmen irrumpieron en la habitación.

—El café, doctor. Señor Garaycochea, el suyo, con dos de azúcar —Carmen sonrió cordial.

—Gracias, Carmen —dijo.

—Gracias, Carmencita —dijo Isidoro, agradeciéndole más la interrupción, creo yo, que el café en sí.

Isidoro bebió el café en dos sorbos y se levantó acomodándose las mangas de la camisa, se acercó al perchero y descolgó su saco. Al ver sus movimientos apresurados, comprendí que la entrevista había terminado.

—Doctor, me gustaría dejarle una tarjeta, este es el número del hotel donde estoy parando. Si su sobrino se comunica con usted, ¿me hace el favor de decirle que estoy siguiendo el entrenamiento de su representado? Sería de mi agrado hacerle una entrevista.

—Por supuesto, don Julio —dijo Isidoro, estrechando mi mano con fuerza.

—Muchas gracias por su tiempo, doctor. Lástima que no le pueda quitar más, tal vez algunas preguntas sobre Benítez, su infancia, su familia. Tal vez luego nos crucemos en El Baqueano, voy a almorzar allí.

—Bueno, suelo almorzar ahí con el comisario, lamento no poder invitarlo, aprovechamos el tiempo para hablar de trabajo. Pero pase por la mesa que le presento al comisario Suárez, él le va a dar una mano con todo lo que necesite en su estancia en el pueblo. De todos modos, le doy la tarjeta de mi secretaria y coordine una cita con ella. Mucho no sé de Benítez, un chico del pueblo, como cualquier otro, conozco a sus padres muy poco, su padre, Oscar, es albañil, y su madre haría sus cosas para buscarse la vida, gente muy humilde, creo que limpiaba casas. Mucho más no sé. Sabe, don Julio, su apellido me recuerda a un abogado que vivió aquí hace unos años.

—Puede ser mi padre, Juan Carlos Garaycochea —dije y la cara de Isidoro hizo el esfuerzo de no cambiar—. Daba clases de Ética en el instituto —repliqué.

—¿Su padre? Entonces usted es de aquí. Un placer que un hijo de San Marcos haya llegado a *La Tribuna*. Estamos exportando talentos, primero usted y ahora el Changuito a Roma. Debo decirle que lamento lo que le pasó a su padre, fue toda una tragedia para el pueblo, el doctor era parte importante de la comunidad —dijo, suspirando y mirando el suelo en un patético intento por demostrar empatía.

—Gracias, ya pasó, y el tiempo lo cura todo —dijo, sabiendo que tal vez ni todo el tiempo del mundo pueda quitar aquella imagen del rostro de mi padre, el charco de sangre y el revólver, todavía tibio, tirado en el suelo de su oficina.

—¿La señora? Su madre, quiero decir. Ella está...

—Está bien —dijo, interrumpiendo—. Está mejor atendida en la capital. Ya casi no tiene episodios, allí se encuentra más controlada.

—Bien, Julio —dijo Isidoro, queriendo mostrarse comprensible y paternal—, un placer tenerlo de vuelta en casa —prosiguió—, que disfrute del pueblo, aquí no hay mucho que hacer, usted sabe, pero siempre se puede disfrutar del río y la tranquilidad. Estamos aquí para servirle.

Salí de la oficina con mi mente en plena agitación. Comencé a recordar las palabras de la voz en el teléfono. «Isidoro solo es un nombre». ¿Se estaría refiriendo al intendente? Parecía el tipo de intendente, al igual que los anteriores, puesto allí por los pocos terratenientes dueños del pueblo. Un puesto acomodado para tomar las mejores decisiones convenientes a sus intereses. Necesitaba ir al Baqueano y ver quién era esa tal Beatriz López.

Al salir, el sol pegaba de frente al ayuntamiento, una leve brisa refrescó mi cabeza y les dio un respiro a mis pensamientos. Caminé y bajé los escalones pensando en el viejito del puesto de libros, traté de ubicarme y fui hacia él. Ya en el puesto, las acuarelas no parecían tan malas, sobre todo una de ellas. Replicaba la casa de gobierno de la capital, su plaza y un puesto de flores. Toda la escena transcurría en un día lluvioso de invierno. Los faros de la plaza se veían tenues por la lluvia. La casa de gobierno permanecía fantasmal y distante detrás de la cortina de niebla. La compré por muy poco, junto con un libro de Rubén Darío, usado, en pésimas condiciones. Una pequeña antología que contenía el poema *Ama tu ritmo*. Hacía más de diez años una extraña energía me llevó hacia él al ver un libro abierto en la habitación de una amiga de la universidad y ahora volvía el mismo sentimiento para apoderarse de

mis acciones. Debo decir que un sentir de frescura, de regreso a la juventud me recorrió el cuerpo. Como si un entender universal se desnudara ante mí, mostrando la sensibilidad y sutileza de una gota de rocío que cae con la misma fuerza que un trueno parte el silencio de la noche. El estruendo solo lo presenten los animales y su instinto esencial, su conexión con la tierra y lo sagrado de su ser. Como si mis pensamientos escucharan la retórica divina del pájaro del aire.

Caminé fumando entre mis pensamientos hasta un puesto y compré un marco para la acuarela. Sentí la necesidad fidedigna de regalárselo a mi Elena. Que tenga su pedacito de ciudad, su pedacito de invierno entre el cemento y el auténtico sentimiento de ser quien quiera ser. Creí con locura que esa pintura le daría la fuerza para irse de este maldito pueblo, y a mí, el valor para comenzar a vivir, para renacer entre los muertos vivientes de este museo de cera al que llamaba realidad.

